



CAPÍTULO UNO

El chico de la ventana

Había transcurrido mucho tiempo desde aquel verano, pero las cuatro hermanas Penderwick seguían hablando de Arundel. Posiblemente Jane diría que el destino las había llevado hasta allí; otra, tal vez Skye, aseguraría que todo fue por culpa del avaro propietario que había vendido la casa de Cape Cod donde ellas pasaban las vacaciones.

Quién sabe cuál de todas tenía razón. Lo cierto es que la casa de la playa que solían alquilar se había vendido en el último momento y, de repente, se encontraron sin plan para ese verano. El señor Penderwick movió cielo y tierra en busca de alguna otra cosa libre, pero todo estaba ocupado, y sus hijas se hicieron a la idea de tener que pasar las vacaciones en su casa de Cameron, en Massachusetts. No es que no les gustara vivir allí, pero ¿qué es un verano sin un viaje a algún lugar especial? Entonces, cuando ya habían perdido toda esperanza, su padre oyó hablar a un amigo de un amigo sobre una casita en las montañas Berkshire. Al parecer, tenía varias habitaciones y un gran redil vallado para perros, perfecto para *Hound*, el enorme y adorable sabueso negro de la familia; y lo mejor era que se podía alquilar tres semanas en agos-

to. Evidentemente, el señor Penderwick no se lo pensó dos veces y se hizo con ella de inmediato.

Después Risitas diría que su padre no sabía en qué iba a meterlas. Rosalind, como siempre, diría que era una lástima que mamá no hubiese conocido Arundel, porque le habrían encantado los jardines; entonces Jane diría que en el cielo había jardines mucho más bonitos; y Skye, para hacer reír a sus hermanas, añadiría que ahí arriba no tendría que toparse con la señora Tifton. Y bien que reirían, y seguramente seguirían hablando de otras cosas, hasta la próxima vez que alguna de ellas volviera a acordarse de Arundel.

Sin embargo, todo eso es el futuro. Al principio de nuestra historia, Risitas no tiene más que cuatro años, Rosalind doce, Skye once y Jane diez. Todas van en el coche con su padre y con *Hound*, de camino a Arundel, y por desgracia se han perdido.

—Es culpa de Risitas —dijo Skye

—No es verdad —replicó Risitas.

—Claro que sí. Si *Hound* no se hubiera comido el mapa, no estaríamos perdidos. Y *Hound* no se habría comido el mapa si tú no hubieras escondido tu bocadillo dentro.

—A lo mejor es cosa del destino. Puede que ahora que estamos perdidos descubramos algún lugar maravilloso —intervino Jane.

—Lo único que descubriremos es que cuando paso demasiado tiempo junto a mis hermanas en el asiento trasero del coche, me vuelvo loca y las asesino —sentenció Skye.

—¡Haya paz! —exclamó el señor Penderwick—. ¿Qué te parece si jugamos a algo, Rosalind?

—Juguemos a «Fui al zoo y vi» —sugirió ella—. Fui al zoo y vi un antílope. ¿Jane?

—Fui al zoo y vi un antílope y un búfalo.

Risitas estaba entre Jane y Skye, así que era su turno.

—Fui al zoo y vi un antílope, un búfalo y un coala.

—Koala se escribe con *k*, no con *c* —dijo Skye.

—Mentira, se escribe con *c*, como canguro.

—Venga, Skye, que te toca a ti —espetó Rosalind.

—No tiene sentido jugar si no lo hacemos bien.

Rosalind, que estaba sentada delante junto a su padre, se giró hacia Skye con su típica mirada de hermana mayor. Sabía que no iba a servir de mucho, ya que, al fin y al cabo, Skye sólo tenía un año menos que ella; pero como mínimo la mantendría callada lo suficiente para que ella se concentrara y pudiese averiguar adónde estaban yendo. Lo cierto es que estaban realmente perdidos. Aquel viaje debería haber durado una hora y media, y ya llevaban tres en la carretera.

Rosalind miró a su padre, que iba al volante. Se le estaban deslizando las gafas por la nariz y tarareaba su sinfonía de Beethoven favorita, ésa sobre la primavera. Su hija sabía que aquello quería decir que estaba pensando en plantas en lugar de en conducir; después de todo, el señor Penderwick era profesor de Botánica.

—Papá, ¿qué recuerdas del mapa?

—Que se supone que debemos atravesar un pueblo llamado Framley, dar unas cuantas vueltas y buscar el número once de la calle Stafford.

—¿No hemos pasado por Framley hace un rato? Y mira —agregó, señalando por la ventana—. A esas vacas de ahí ya las hemos visto.

—Tienes buena memoria, Rosy, pero ¿no íbamos en la dirección contraria la última vez? Puede que éste sea el camino correcto.

—No; porque todo lo que hemos visto por aquí eran más campos llenos de vacas, ¿recuerdas?

—Tienes razón —contestó el señor Penderwick. Así que detuvo el coche, dio media vuelta y continuó en la dirección opuesta.

—Necesitamos encontrar a alguien que nos indique cómo llegar.

—Lo que necesitamos encontrar es un helicóptero que nos saque volando de aquí —replicó Skye—. ¡Y guar-

da esas estúpidas alas de mariposa de una vez! —añadió dirigiéndose a Risitas, que, como de costumbre, llevaba puestas sus amadas alas de mariposa negras y naranjas.

—No son estúpidas —respondió la pequeña.

—¡Guau! —ladró *Hound*, echado entre los bártulos en el maletero del coche. Siempre se ponía del lado de Risitas en todas las discusiones.

—Perdidos e inquietos, los intrépidos exploradores y su fiel animal discutían entre ellos. Sólo Sabrina Starr conservaba la calma —dijo entonces Jane. Sabrina Starr era la protagonista de las historias que ella escribía, y era especialista en rescates. En la primera entrega rescataba a un grillo; luego aparecieron *Sabrina Starr rescata a un gorrión*, *Sabrina Starr rescata a una tortuga*, y la más reciente, *Sabrina Starr rescata a una marmota*.

Rosalind sabía que Jane estaba buscando ideas para la próxima historia. Skye había sugerido que Sabrina tratase de rescatar a un cocodrilo devorador de hombres, y que éste acabase comiéndose a la heroína, poniendo así fin a aquella serie literaria, pero el resto de la familia la había hecho callar, porque, salvo Skye, todos disfrutaban con los relatos de Jane.

De repente se oyó un fuerte ruido en el asiento de atrás. Rosalind se dio la vuelta para asegurarse de que sus hermanas no se estaban pegando, pero se trataba de Risitas, que estaba peleándose con su sillita porque quería girarse para ver a *Hound*. Jane, por su parte, iba tomando notas en su cuaderno favorito, de color azul. Así que todas estaban bien, aunque Skye se dedicase a inflar las mejillas para imitar a un pez, lo que significaba que estaba aún más aburrida de lo que Rosalind temía. Sería mejor que diesen pronto con la casita.

Entonces Rosalind vio que había una camioneta aparcada a un lado de la carretera.

—¡Para, papá! A lo mejor el conductor puede indicarnos cómo llegar.

El señor Penderwick frenó. La muchacha salió y vio que la camioneta tenía la palabra «TOMATES» pintada con grandes letras en ambas puertas. Junto al vehículo había una mesa de madera con una montaña de espectaculares tomates y, detrás, un hombre vestido con unos tejanos gastados y una camisa verde con la inscripción «TOMATES HARRY» bordada en el bolsillo.

—¿Tomates? —inquirió el tipo.

—Pregúntale si son tomates mágicos.

Con el rabillo del ojo, Rosalind vio cómo Skye apartaba a Jane de la ventanilla del coche.

—Son mis hermanas pequeñas —se disculpó.

—Qué me vas a contar; yo tengo seis.

Rosalind trató de imaginarse lo que sería tener seis hermanas menores, pero lo único que consiguió fue pensar en las suyas, y se estremeció.

—La verdad es que sus tomates tienen una pinta estupenda, pero en realidad necesito que me indique una dirección. Estamos buscando el número once de la calle Stafford.

—¿Arundel?

—No tengo ni idea de lo que es Arundel. Se supone que hemos alquilado una casita en esa dirección.

—Sí; Arundel es el hogar de la señora Tifton. Una mujer preciosa, aunque un tanto estirada.

—Madre mía.

—No te preocupes, no os pasará nada. Allí os encontraréis con un par de sorpresitas de lo más agradables. Sin embargo, vais a tener que controlar a esa rubia de ahí —dijo el hombre mirando hacia el coche: Skye y Jane estaban de nuevo asomadas a la ventanilla, escuchando, y se oía a Risitas, quejándose de no poder ver lo que estaba pasando fuera.

—¿Por qué a mí? —exclamó Skye.

El hombre volvió a mirar a Rosalind y le guiñó un ojo.

—Siempre detecto a los revoltosos. Yo mismo era un diablillo de niño. Ahora ve y dile a tu padre que siga por

esta carretera unos metros más, que tome el primer desvío a la izquierda, que luego doble a la derecha y que busque el número once.

—Gracias —dijo Rosalind, y se volvió hacia el coche.

—Espera un segundo —la detuvo el hombre, metiendo media docena de tomates en una bolsa—. Toma esto.

—Oh, no puedo aceptarlo.

—Claro que sí. Dile a tu padre que es un regalo de Harry —insistió, entregándole la bolsa—. Y otra cosa más, jovencita. Será mejor que tú y tus hermanas no os acerquéis a los jardines de la señora Tifton; es muy quisquillosa al respecto. Bueno, ¡que disfrutéis de los tomates!

Rosalind regresó al coche con el obsequio.

—¿Lo habéis oído? —preguntó al resto de la familia.

—Recto, luego a la izquierda, luego a la derecha y buscar el número once —dijo el señor Penderwick, poniendo el vehículo en marcha.

—¿Qué es eso de Arundel? —inquirió Skye.

—¿Y quién es la señora Tifton? —quiso saber Jane.

—*Hound* tiene que ir al baño —dijo Risitas.

—Pronto, cariño —repuso Rosalind—. Papá, por aquí y luego a la izquierda.

Al cabo de unos minutos entraban en la calle Stafford. De repente, el señor Penderwick detuvo el coche en medio de la calle y todos se miraron con asombro. La familia esperaba que la casita que habían alquilado fuese un lugar pequeño y acogedor con algunos geranios en la entrada. Ni siquiera los comentarios de Harry, el vendedor de tomates, los había preparado para lo que tenían delante. Como mucho, se habían imaginado que la tal señora Tifton viviría en otra casita junto a la de ellos y que tendría un pequeño huerto en la parte trasera.

Sin embargo, no se esperaban en absoluto lo que vieron: dos elegantes columnas de piedra, una con el número once grabado y otra con el nombre «Arundel». Tras las columnas había un camino que se perdía en la distancia, flanqueado por sendas hileras de álamos. Más allá de los

álamos se vislumbraba una preciosa extensión de césped salpicada por hermosos árboles, pero no había casa alguna a la vista.

—Santo Dios —soltó Skye.

—Las casitas de veraneo no suelen tener patios delanteros como éste —comentó Rosalind—. Papá, ¿estás seguro de que ésta era la dirección?

—Totalmente —contestó él; luego volvió a poner el coche en marcha y comenzó a avanzar despacio por el camino, que parecía no acabar nunca.

No obstante, al final de una última curva la hilera de álamos terminó y Rosalind vio que sus temores eran ciertos.

—Papá, esto no es una casita.

—En absoluto; esto es una mansión.

Y eso era justamente, una descomunal mansión rodeada de fastuosos jardines. La casa, hecha de piedra gris, estaba colmada de torres, balcones, terrazas y almenas. ¡Y qué decir de los jardines! Estaban repletos de fuentes, parterres llenos de flores y estatuas de mármol, y eso sólo en la parte que podían ver desde el coche.

—Los viajeros, extenuados, se hallaron frente a una residencia digna de reyes. ¡Aquello era Camelot! ¡El Dorado! —declamó Jane.

—Lástima que no seamos reyes —apuntó Skye.

—Además, seguimos perdidos —añadió Rosalind, desalentada.

—¡Arriba el ánimo, Rosy! —dijo el señor Penderwick—. Ahí viene alguien a quien podemos preguntarle.

Un joven considerablemente alto apareció por detrás de una estatua de Cupido y Venus empujando una carretilla. El señor Penderwick bajó la ventanilla, pero, antes de que pudiese llamarlo, se oyó un ruido familiar procedente del maletero.

—¡*Hound* va a vomitar! —chilló Risitas.

Las hermanas ya sabían qué hacer en esos casos. En menos que canta un gallo bajaron del coche, sacaron al pobre animal y lo llevaron a un lado del camino. Con

todo, no pudieron evitar que devolviera sobre las zapatillas de Jane.

—¡Hound! ¿Cómo has podido? —se lamentó la niña, mirando sus zapatos amarillos. El perro, sin embargo, ya se había ido a inspeccionar un arbusto.

—Podría haber sido peor —dijo Skye—. ¿Recuerdas la vez que comió pizza del cubo de la basura?

Risitas se agachó para inspeccionar el estropicio.

—Aquí está el mapa.

—¡No lo toques! —exclamó Rosalind—. Y tú, Jane, deja de agitar los pies. Lo estás esparciendo todo. Quedaos aquí hasta que vuelva —indicó, y fue al coche por unas servilletas de papel.

El chico de la carretilla se había acercado al sendero, y el señor Penderwick se había apeado para hablar con él.

—He visto que hay algunas *Linnaea borealis* a lo largo del camino. Un lugar un tanto extraño para ello; pero me interesan particularmente las *Cypripedium arietinum*, así que si sabes algún buen lugar donde buscarlas... Suelen crecer en terrenos cenagosos y oscuros.

Rosalind metió la cabeza en el maletero y rebuscó entre el equipaje. Su padre estaba hablando de plantas en latín, lo cual significaba que estaba contento. Ojalá se acordase de preguntarle al chico sobre la casita que estaban buscando. Por cierto, parecía simpático aquel muchacho. Debía de tener dieciocho o diecinueve años, y tenía el cabello de color castaño claro, a juzgar por los mechones que le asomaban por su gorra de béisbol de los Red Sox. Rosalind miró desde detrás del coche y echó un vistazo a las manos del joven. Su mejor amiga, Anna, siempre decía que se puede saber mucho de una persona sólo con fijarse en sus manos. Lástima que el chico llevase guantes de jardinero.

Las servilletas de papel estaban detrás del ordenador del señor Penderwick, debajo de una pelota de fútbol. Rosalind tomó unas cuantas y volvió a toda prisa junto a

sus hermanas. Jane y Skye estaban cubriendo el vómito de *Hound* con hojas secas.

—¿Os acordáis de cuando se comió aquella tarta de limón de la mesa de picnic de los Geiger? Esa vez sí que vomitó —afirmó Skye.

—¿Y de cuando agarró aquel enorme pedazo de carne de la nevera? Estuvo malo dos días enteros —recordó Jane.

—Chist —dijo Rosalind, limpiándole las zapatillas. Su padre y el joven iban hacia ellas.

—Chicas, éste es Cagney —anunció el señor Penderwick.

—Hola —saludó él con una sonrisa de oreja a oreja, sacándose los guantes y guardándoselos en el bolsillo de los tejanos.

Rosalind se fijó bien en sus manos, pero para ella no dejaban de ser unas manos normales y corrientes. Cómo se habría gustado que Anna estuviera allí.

—Cagney, estas cuatro preciosidades son lo que más quiero en el mundo. La rubia, Skye, es la segunda en edad.

—Rubia y con ojos azules —dijo ella, orgullosa, abriéndolos bien para demostrarlo.

—Así podrás acordarte de cuál es —explicó Jane—. Tiene los ojos azules y el pelo rubio y liso. Las demás tenemos los mismos ojos marrones y el mismo cabello castaño y rizado. La gente nos confunde a mí y a Rosalind todo el tiempo.

—No es verdad. Yo soy mucho más alta que tú —arguyó Rosalind; entonces se dio cuenta, para su desgracia, de que no sólo tenía en las manos las servilletas llenas de vómito, sino que, además, llevaba la camiseta de la Escuela Primaria Wildwood. ¿Por qué diablos se la habría puesto? No quería que la gente pensara que todavía iba a la escuela primaria; en septiembre pasaría a séptimo curso.

—Sí, bueno, la más alta es Rosalind, la mayor de las cuatro; la bajita es Jane, y... —El señor Penderwick hizo una pausa y miró alrededor.

—Ahí —dijo Jane, señalando las alas de mariposa negras y naranjas que asomaban por detrás de un árbol.

—Y ésa es Risitas, la tímida. Y ahora, tropa, tengo buenas noticias. No nos hemos equivocado. Cagney es el jardinero de Arundel Hall, que es como se llama la mansión, y nos estaba esperando. Nuestra casa está al otro lado de la finca.

—Era la casa de invitados —les explicó Cagney—, en la época en que el general y la señora Framley vivían aquí. Ahora que la señora Tifton está a cargo del lugar, todo está mucho más tranquilo.

—¡La señora Tifton! —exclamó Jane, y habría dicho más si Rosalind no le hubiera clavado el codo en las costillas.

—Muy bien, chicas, volvamos al coche —dijo el señor Penderwick—. Y, Cagney, cuando tengas un rato libre me gustaría hablar contigo de la flora del lugar.

—Me encantaría. Y ahora tome aquel camino de allá para la izquierda y siga por él hasta la cochera. Luego verá el jardín sumergido a su izquierda y el pabellón griego a la derecha. Cruce el seto y encontrará la casa unos cuantos cientos de metros más adelante. Es de color amarillo; no tiene pérdida. La llave está bajo el felpudo.

Rosalind agarró a Risitas, Skye a *Hound*, y en un periquete todo el mundo estaba de nuevo en el coche, listo para seguir. Todos menos Jane, que se había quedado embobada contemplando la mansión.

—Venga, Jane —le dijo Rosalind por la ventanilla.

Jane se giró a regañadientes.

—Me ha parecido ver a un chico mirándonos desde aquella ventana de allá arriba.

Skye se asomó, aplastando a Risitas, y dirigió la vista hacia la ventana en cuestión.

—¿Dónde?

—Ahí arriba —contestó Jane, señalando—. En el piso de arriba, a la derecha.

—Ahí no hay nadie.
—¡Quítate de encima! —exclamó Risitas.
Skye volvió a su asiento.
—Te lo has imaginado, Jane.
—Puede, pero no lo creo. De todas maneras, se me
acaba de ocurrir una idea.